

Un siglo de puro cuento en el Perú: *Una pasión desbordante de imaginación*

| Recibido: diciembre 12 de 2014 |

MAYNOR FREYRE BUSTAMANTE¹

Este artículo presenta un panorama algo apretado del desarrollo del cuento en el Perú. De ninguna manera se trata de una visión crítica. Si existen algunas omisiones se deben a la precariedad de la biblioteca del autor, y jamás a cancelaciones de capilla, tan afines a ciertos analistas literarios. Igualmente ha de suceder con algunas nominaciones, tal vez producto de determinada afinidad hacia el narrador. La literatura jamás está exenta de pasiones. Y el cuento ha sido una pasión vívida entre los lectores peruanos del siglo fenecido y que tan bien han testimoniado los cuentistas del Perú del siglo XX. Volteemos la página del almanaque.

Tengo entre mis manos la edición N° 4 de la publicación quincenal ilustrada *La Novela Peruana* del 2/3/23, donde aparecen dos cuentos largos de Abraham Valdelomar (1888) “El Caballero Carmelo” y “El camino hacia el sol”, con los cuales se inicia prácticamente el camino del cuento peruano no solo del siglo XX, sino que se convierte en el primer hito de este género literario de carácter verdaderamente nacional. No me refiero, por supuesto, a la edición citada; lo que deseo es dejar sentado, desde un principio, que este recuento obedece a un deseo --poco pudoroso-- de exponer mis propias lecturas cuentísticas en público. Fallecido en 1919, a los 31 años de edad, Valdelomar fue indudablemente, reiteramos, el iniciador del cuento moderno en el Perú.

Decimos esto porque en 1904 la Editorial Salvat de Barcelona publicó el libro de Clemente Palma (1872) “Cuentos malévolos” con prólogo nada menos que de Miguel de Unamuno, amigo de su padre. En 1925 publicaría Clemente Palma “Cuentos malignos”, pero es por el primer libro por el que se le recuerda, especialmente debido a que introdujo las técnicas del cuento moderno en el Perú, bajo la influencia de Guy de Maupassant, Anton Chejov y Edgar Allan Poe. En realidad fue todo un precursor de la narrativa corta entre nosotros, aunque sus narraciones estuvieran alejadas de su paisaje y de su realidad, válidos para conjeturar la formación de una literatura nacional (imaginemos a James Joyce sin su Dublín, a Marcel Proust sin su París o a Chejov sin su Rusia).

¹ Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Nacional Federico Villarreal
mafb@terra.com.pe

Un año después del deceso de Abraham Valdelomar, en 1920, conmociona el mundo literario nacional la primera edición de “Cuentos andinos” de Enrique López Albújar, un hombre de leyes chiclayano nacido en 1872, como se ve mayor que el mentor del Grupo Colónida. Este libro de relatos de López Albújar da una visión del indígena peruano y sus ediciones se multiplican habiendo alcanzado su sexta edición en 1971. En 1937 sacó a la luz sus “Nuevos cuentos andinos” que en 1972 llevaban ya tres ediciones. Su literatura es violenta y directa y su indio, real y telúrico.

En 1924 se publica en Madrid “La venganza del cóndor”, cuentos de Ventura García Calderón, a quien en esa misma ciudad le editan sus “Cuentos peruanos”. A pesar de que el indio peruano de García Calderón es considerado como un ser disminuido humanamente, su prosa no deja de ser deliciosa y cautivante.

Nuestro caro César Vallejo obtuvo el 15 de diciembre de 1921 el Premio Nacional de Cuento convocado por la Sociedad Cultural Entre Nous con su relato “Más allá de la vida y la muerte”, el que estaría incluido en su libro de cuentos “Escalas”, aparecido en 1923, antes de viajar a París. Ese mismo año de 1923 publicó en el Perú su novela “Fabla salvaje” y en 1931 en Madrid su segunda novela, “El tungsteno”. Dejó inéditos cinco cuentos más, entre ellos el genial “Paco Yunque”, hoy ya todos ellos impresos.

José Diez Canseco surgió en 1930 como cuentista, y en 1932 ganó un Concurso Internacional de Cuentos convocado por el diario La Prensa de Buenos Aires con “Jijuna”, que se enfrentó a 30 mil competidores. Pero es su libro de cuentos “Estampas mulatas”, con apenas ocho relatos, contando con el galardón, el que lo ha convertido en uno de los mejores cuentistas peruanos del siglo XX, especialmente por “El trompo”, cuento obligado en toda antología que se precie de seria.

Manuel Beingolea (1881-1953) aunque se

iniciara tempranamente en 1897 como novelista con “La hija del exministro”, escrita bajo la influencia de Emilio Zola, recién en 1935 publica sus “Cuentos pretéritos” con que ha pasado a la historia de la narrativa peruana del XX, donde figuran los cuentos “Mi corbata” e “Historia de un tambor”, tantas veces antologados.

Sobre el Ciro Alegría novelista sobran argumentos, pese a la ingratitud con que lo ha tratado la crítica evaluadora de la narrativa peruana del XX. Habiéndose lanzado al ruedo literario en 1935 con “La serpiente de oro”, solo en 1965 dio a la imprenta su primer libro de cuentos, “Duelo de caballeros”, para luego editar “La ofrenda de piedra” y póstumamente (1980) “Siete cuentos quirománticos”. Verdad que solo el cuento “Calixto Garmendia” bastaría para su figuración entre los mejores cuentistas del siglo.

En cambio él a no dudarlo mejor narrador peruano del siglo XX, José María Arguedas, se da a conocer con el libro de cuentos titulado lacónicamente “Agua” que contenía siete narraciones cortas, entre las cuales estaba “Warmakuyay”. Una belleza de cuento constantemente antologado.

Aunque aparecido en 1957, tras una larga espera desde 1927 cuando se perdieran los originales en la imprenta, “El pez de oro” de Gamaliel Churata contiene una colección de textos que deben ser considerados como cuentos contra la opinión de los ortodoxos. Mas ningún antólogo se ha atrevido a seleccionarlos, salvo en “El cuento puneño”, recopilación hecha por José Portugal Catacora, donde lo hace figurar con su nombre civil de Arturo Peralta, y con un cuento clásico: “El gamonal”, cuando el literato Gamaliel Churata, primera figura del Grupo Orkopata, es ante todo un vanguardista que no perdió de vista lo nacional.

Justamente, es necesario resaltar la selección de “Narrativa peruana de vanguardia” (Documentos de Literatura Nros. 2/3, Abr.-

Dic. /93) Realizada por Jorge Kishimoto, donde también figura Churata al lado de Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui, César Falcón, Magda Portal, Mario Chabes, Serafin Delmar, Alberto Hidalgo, Ángela Ramos. Adalberto Varrallanos, Nestor Martos, Martín Adán, Julio del Prado, María Wiese, César Vallejo y Xavier Abril. Como se puede apreciar, toda una pléyade de escritores, unos más vanguardistas que otros, sobresaliendo en esta rama Churata, Martín Adán, Julio del Prado, Nestor Martos, Varallanos, Ángela Ramos y María Wiese, junto al excelente Xavier Abril.

Arturo Hernández (1903), el novelista de la selva amazónica peruana (“Sangama” y “Selva trágica”) publicó un volumen titulado “Tangarana y otros cuentos” que reúne trece relatos, tres de ellos traducidos al inglés, alemán y portugués: “El animal sobre sus patas traseras”, “La cantora del Huallaga” y “Pánico en el aire”. Sus cuentos recibieron, al igual que sus novelas, el espaldarazo internacional.

Otro narrador selvático destacado, Francisco Izquierdo Ríos, fue sobre todo un magnífico cuentista con múltiples libros publicados. Bastaría que hubiera escrito apenas “El bagrecico” para ingresar a cualquier antología universal del cuento infantil, adaptado al video en versión inglesa, como también bellamente publicado en edición bilingüe español-inglés.

La amazonía peruana nos abrió sus secretos a muchos jóvenes de los 50 leyendo “Doce relatos de la selva” de Fernando Romero, cuya primera edición salió en 1934 bajo el nombre de “Doce novelas de la selva”, versión más adelante corregida y aumentada.

Como nota curiosa, cabe señalar que justo en 1920 la revista Hogar, antecesora de la famosa revista Mundial que estaba dirigida por el periodista Gastón Roger (Ezequiel Balarezo Pinillos, en realidad), convocó a un grupo de escritores, entonces muy jóvenes, a redactar una novela que iría apareciendo por capítulos en la edición mensual de la revista. Luis Al-

berto Sánchez al publicarla íntegra en 1967 la bautizó como “Una novela limeña”, pero en realidad se trata de trece cuentos escritos sobre algunos personajes comunes. El 1ro. lo escribió José Gálvez, el Poeta de la Juventud; Luis Alberto Sánchez hizo el 5to., Raúl Porras Barrenechea el 7mo.; Manuel Moncloa Ordóñez el 8vo.; Félix del Valle (muy buen narrador) el 11mo.; Gastón Roger el 12mo., y el último le correspondió al inhallable Luis Fernán Cisneros. El intento tuvo más valor de anécdota que literario.

Los innovadores de la segunda mitad del XX

En 1957 el cuento urbano recién se va a poner los pantalones largos con “Los gallinazos sin plumas” de Julio Ramón Ribeyro, libro con el cual se inaugura el cuentista peruano por antonomasia. En 1958 le siguen los “Cuentos de circunstancias”, apenas diez textos, y en la colección Populibros que dirigiera Manuel Scorza salen “Las botellas y los hombres”, para inmediatamente después darnos sus “Tres historias sublevantes”. Más adelante aparecerá “La palabra del mudo” en sus varios tomos y libros como “La caza sutil”, “Desde la otra ribera” y “Sólo para fumadores”, aparentemente inclasificables pero donde la garra del cuentista se muestra en toda su dimensión.-, además del bello “Silvio en el rosal”.

Para 1961 asoma otro libro de cuentos fundamental en la narrativa peruana: “Los inocentes” de Oswaldo Reynoso, que luego Populibros editara añadiéndole el nombre de “O Lima en rock” y con una tirada de 40 mil ejemplares. Los cinco cuentos del libro inician el relato de patota de barrio limeño que tendría seguidores hasta nuestros días. Lastimosamente Reynoso no publicaría más cuentos en lo que va del siglo, aunque sí cuatro excelentes novelas.

Casi paralelamente, por esa época, Mario Vargas Llosa sorprende con “Los jefes”, único volumen de cuentos escrito por nuestro gran novelista, donde ya se vislumbraba al gran

narrador peruano de enorme resonancia internacional.

Enrique Congrains es el primer peruano en abordar el mundo marginal de las barriadas urbanas con “Lima, hora zero”, testimonio patético de nuestro tiempo. Esto fue en 1954, prosiguiendo con “Kikuyo” en 1955 y su novela, también marginal, “No una, sino muchas muertes” en 1957. De allí publicará únicamente un cuento más: “Domingo en la jaula de estera”, para caer luego en un mutismo lamentable para las letras peruanas.

La narrativa breve nacional se vio conmovida en 1954 con la edición de “La batalla y otros cuentos” de Carlos Eduardo Zavaleta, formada por apenas seis relatos. Al transcurso de los años su estirpe de cuentista se acentúa, y es hasta nuestros días el creador de cuentos más prolífico del Perú, pues enseguida de que Lluvia Editores le publicara en 1957 doce volúmenes de sus “Cuentos completos”, nos hizo entrega de “Abismos sin jardines” en 1999, conteniendo trece nuevas narraciones cortas y siete brevísimas.

Corría el año 1953 cuando la narrativa peruana se iluminó con la presencia de “Nahuín” (significa en quechua “sus ojos”), un puñado de ocho exquisitos cuentos narrados a través de la fabla popular andina hecha poesía por Eleodoro Vargas Vicuña. Para 1963 Populibros nos regala con “Taita Cristo”, ocho relatos de idéntica factura, los cuales se fusionarán con los cinco relatos de “El cristal con que se mira” para en 1976 darnos la versión completa de los cuentos de Vargas Vicuña bajo el título de “Ñahuín”. Se trata de la más alta voz de la cuentística peruana del siglo XX, según mi claro entender.

En la década del 50 Sebastián Salazar Bondy publica “Náufragos y sobrevivientes” y “Pobre gente de París” y en su quinta serie Populibros reúne sus mejores cuentos bajo el nombre de “Dios en el cafetín”. Su temática merodea el mundillo clasemediero peruano

y la vida de los latinoamericanos en el exilio europeo, y como en toda su literatura usa un lenguaje directo y cáustico.

Con “El avaro y otros textos”, al que sigue “El sol de Lima”, Luis Loayza es consagrado como un exquisito en la redacción de textos cortos, los cuales son complementados con “Otras tardes”, editado por Mosca Azul en 1985. Su prosa expone una tersura sin igual y gran transparencia en medio de una mesurada sobriedad, algo inusual en los narradores peruanos, generalmente tendientes al barroquismo.

En 1968, luego de haber movido el cotarro literario con su novela “El retoño”, Julián Huanay da a luz “Suburbios”, donde con una fina prosa nos introduce el cuentista por el mundo de la miseria urbana y dentro del tétrico mundo de los miserables. Lástima que no continuara su obra.

Alfredo Bryce irrumpe con “Huerto cerrado” en 1968, publicado nada menos que por la editorial barcelonesa Barral, en el cual figura el genial cuento “Con Jimmy en Paracas”. Mosca Azul le edita en 1972 “Muerte de Sevilla en Madrid (dos años después que apareciera su novela “Un mundo para Julius)” y en 1984 reúne todos sus cuentos escritos hasta ese momento en “La felicidad ja, ja”. En 1995 se publican sus “Cuentos completos”, que dejan de serlo al darnos en el último año del siglo su “Guía triste de París”, catorce cuentos aparentemente experimentales, pero más bien producto de experiencia y madurez.

Ese mismo año de 1968 otro importante cuentista, José Adolph, hace su aparición con “El retorno de Aladino”, renaciendo así en el Perú la literatura fantástica con este autor que se lanza con un rush impresionante de publicaciones: “Invisible para las fieras” (1971), “Hasta que la muerte” (1972), “Cuentos del relojero abominable” (1973) y “Mañana fuimos felices” (1974), a la vez que va arrasando con cuanto premio se pone en su camino. Diez años después publica “La batalla del café”, con-

sagrándose como uno de los escritores más interesantes de América Latina.

Felipe Buendía es también cultor del cuento fantástico peruano, aunque tardó mucho en compilar sus galardonados cuentos, premiados en Guipúzcoa y Tenerife --España--, bajo dos títulos: “El claustro encantado” y “Cuentos de laboratorio”, este último aparecido en 1987. El barroquismo onírico prima en sus extrañas y subyugantes narraciones.

Las ricas innovaciones del Grupo Narración

Cuando sale a circulación el N° 2 de la revista Narración en el mes de julio de 1971, una nueva etapa narrativa surge en el país. Dos años antes su director, Miguel Gutiérrez, había publicado “El viejo saurio se retira”, una novela que dejaba entrever una nueva manera de contar entre nosotros. Quienes publicaran relatos en ese número de Narración van presentando sus libros, así en 1975 el chinchano Antonio Gálvez Ronceros, quien en 1962 dio a conocer “Los ermitaños”, edita “Monólogo desde las tinieblas”, texto emblemático de la narrativa afroperuana. Paralelamente, el mismo año, el nasqueño Gregorio Martínez sorprende con “Tierra de caléndula”, otra muestra de la gran influencia que la raza negra ha tenido en la costa peruana. Sendos libros de alta categoría estilística.

Augusto Higa, escritor de ascendencia japonesa, nos muestra la integración de esta corriente migratoria a la vida nacional con “Que te coma el tigre” (1977) y luego con “La casa de Alba Celeste”. En 1978 otro componente del Grupo Narración, Roberto Reyes Tarazona, surge con “Infierno a plazos”, para muchos años después, 1992, entregarnos “En corral ajeno”. Los dos cuentistas citados asumen las historias de patota y el lenguaje barrial con sumo acierto.

Antonio Gálvez Ronceros, de quien se publicaran dos ediciones más de su segundo libro y otra nueva del primero, publica uno

tercero: “Historias para reunir a los hombres”. Gregorio Martínez imprime en 1985 otro volumen de cuentos, “La gloria del piturrín y otros embrujos de amor”. Si alguien ha seguido fiel al cuento con inigualable maestría ha sido Antonio Gálvez Ronceros, quien ya hizo crecer su “Monólogo desde las tinieblas” con nuevos y deliciosos cuentos. Siguiendo la ruta del sur peruano, aparece José Hidalgo ondeando “Las cometas del paraíso de los suicidas” y sus “Cuentos al pie del mar”; libros ambos laureados como varias de sus posteriores novelas escritas; realista que busca siempre nuevos caminos expresivos, es un narrador en continua búsqueda de la perfección.

Un punto aparte merece otro miembro del Grupo Narración, Nilo Espinoza Haro, quien pacientemente fue elaborando sus pulidos cuentos para en 1983 editar en México su “País de papel”. En 1987 nos deleitó con su “Azaroso inventario de las visiones, testimonios y recordatorios de Chinchinchín en la Ciudad de los Reyes”, y en 1991 nos dejó escuchar su “Sonata de los espectros”. Se trata de un narrador único en su género entre nosotros.

Nuevos provincianos y realismo sucio

Los que se creen los últimos vestigios del indigenismo narrativo peruano se dan en 1980, cuando aparecen “Los perros vagabundos” de Manuel Robles Alarcón, que en su primera edición de 1939 había circulado bajo el título de “Sombras de arcilla”. En 1982 el cusqueño Ángel Avendaño publica cuatro relatos testimoniales con el título de “Historias de Mesa Pelada”, teniendo como referencia a los años previos al estallido guerrillero de 1965 en el valle cusqueño de La Convención.

Recurriendo a ese estilo testimonial otro cusqueño, Luis Nieto Degregori, crea una saga cuentística sobre la violencia de los años 80 con “Harta cerveza y harta bala” (1987), “La joven que subió al cielo” (1988), “Como cuando estábamos vivos” (1989) y “Con los ojos siem-

pre abiertos" (1990). Sus posteriores cuentos tomarán otra línea, concretamente la de tema histórico. Los diversos galardones obtenidos por Nieto Degregori dicen de su calidad.

Enrique Rosas Paravicino (Cusco 1948), autor de una bien lograda novela, "El gran señor", en 1988 publica su primer libro de cuentos, "Al filo del rayo", con lenguaje directo y estilo realista y regionalista. Diez años después, en 1998, reaparece en el cuento con "La ciudad apocalíptica", diez relatos que bucean en la historia tras la búsqueda de una explicación para el presente.

Otro autor destacado es Mario Guevara (Cusco 1956), quien también en 1988 surge en la cuentística con "El desaparecido", pequeño libro que deja vislumbrar un narrador de garra. Una década después, con otro abigarrado volumen intitulado "Cazador de gringas y otros cuentos", corrobora lo antedicho, mostrando una narrativa diáfana, de viejo oficiente, a pesar de su breve obra creativa. "Cazador de gringas..." lleva varias ediciones, una de ellas traducida al inglés.

Dos libros de cuentos ligados al indigenismo, "Los ilegítimos" de Hildebrando Pérez Huaranca y "Color de ceniza y otros cuentos" de Víctor Zavala, son publicados en 1980 y 1981, respectivamente, cerrando al parecer el ciclo iniciado por López Albújar en 1920.

Dante Castro Arrasco, ganador del Premio Internacional Casa de las Américas en 1992, aparte de otros galardones nacionales de importancia, empezó con "Otorongo y otros cuentos" (1986), "Parte de combate" (1991) y "Ausente medusa de cenizas". Le editan en Cuba, luego, "Tierra de pishtacos" (1993) y en Lima "Cuando hablan los muertos" (1997). Sus temas tienen que ver con la selva peruana pero también con los tiempos de insurgencia. Es todo un narrador de punche.

De otro lado, tenemos a Fernando Ampuero, quien es uno de los "Nuevos nuevos" que

publica un par de cuentos, junto al de otros dos autores, en breve libro que data de 1971. Al año siguiente, 1972, imprime "Paren el mundo que acá me bajo" y en 1974 su novela "Mamotreto". Pero es en 1975, con la aparición de "Deliremos juntos", que se hace conocer como buen cuentista, al exhibir un lenguaje desenfadado, muy ligado a los ensueños incitados, tan en boga por los 70. Autor de un par de novelas, prosigue cultivando el cuento con "Malos modales" y bastante éxito no sólo en el ámbito nacional. Es el adalid de una corriente narrativa a la que se han sumado Guillermo Niño de Guzmán (Lima, 1955), con cuentos bastante logrados, como los reunidos en "Cabellos de medianoche", "En el camino" y, sobre todo, en "Una mujer no hace verano". Alonso Cuento, aséptico y atildado narrador (Lima, 1954), aunque destaca más en la novela, ha editado dos interesantes libros de cuentos: "La batalla del pasado" y "Los vestidos de una dama".

En 1981 Alejandro Sánchez Aizcorbe nos ofrece su "Maní con sangre", al que sigue un curativo "Jarabe de lengua". De un narrar alegre y dicharachero, de mucha agilidad y humor, calza perfectamente en el cuento, aunque ahora se haya dedicado en cuerpo y alma a la novela.

Tal como también calza Cronwell Jara, quien premiado permanentemente por sus narraciones cortas, asombró en 1980 con su cuento "Hueso duro" y en 1981 con "Montacerdos" (¿novela corta o cuento largo?). Mas es con "Las huellas del puma" (1986), hoy en tercera edición, que se consagra como un magnífico contador de historias breves, tal como lo corrobora en 1990 al publicar "Babá Osaim, cimarrón, ora por la santa muerta" (relatos) y "Don Rómulo, cazador de cóndores" (cuentos). Al lado de Cecilia Granadino publica "Las ranas embajadoras de la lluvia", un buen conjunto de relatos recogidos de la isla de Taquile, ubicada en medio del lago Titicaca. Como buen piurano, Jara es un contador nato de cuentos.

Y hablando del caluroso norte peruano,

es imposible no recordar los “Cuentos del tío Lino”, recogidos de la literatura oral por el también brillante pintor Andrés Zevallos (1916), primero solo en número de quince y que hora suman treinta y uno gracias al empeño del recopilador. Dicen que el tío Lino existió de a veras a fines del siglo XIX en Contumazá, Cajamarca, y que reunía entre siembra y siembra a niños y mayores y les contaba lo que había ocurrido. Aparte del autor mencionado, otros recogieron estos cuentos, entre ellos el poeta Mario Florián. Pero la versión de Andrés Zevallos tiene seis ediciones, lo cual da respeto a su autoría. Si no, léanla.

Otro cajamarquino que cultiva el cuento es Teófilo Gutiérrez, quien recoge el espíritu de la provincia, sobre todo de los pequeños y apartados villorrios. Luego de hacerse de varios galardones, en 1995 publicó “Tiempos de Colambo”, siete cuentos muy bien elaborados.

Eduardo Gonzales Viaña, liberteño (Chépén, 1941) dueño de una prosa juguetona, plagada de sueños y aparentes alucinaciones... “Los peces muertos” y “Batalla de Felipe en la casa de las palomas”, aparte de una copiosa creación novelística, lo colocan a la vanguardia del realismo mágico en la literatura peruana.

Otro liberteño de alta calidad narrativa es Juan Morillo Ganoza (Pataz, 1940), quien con “Los arrieros”, su primer libro de relatos, ya causara asombro. Sus muy posteriores obras publicadas no han hecho sino corroborar su valía literaria, hilada a partir de un lenguaje recogido en el pequeño pueblo andino donde transcurriera su infancia. Escribe con el lenguaje de los abuelos.

El médico Ángel Gavidia, de Santiago de Chuco (1953), tierra vallejana, tiene “Aquellos pájaros”, trece cuentos breves de atmósfera rulfiana y seguidora del rico lenguaje de Eleodoro Vargas Vicuña. Sus relatos se caracterizan por una frase bruja, una piedra de toque, anunciando el turbión que arriba tratando de

arrasarlo todo, hasta que el agua se esfuma como por encanto.

“El hombre de talco” se titula otro brevísimo libro de relatos que nos hace levitar con una narrativa apoetada donde lo insólito se hace común y cotidiano. Logrando integrarnos a un mundo mofletudo de tiovivos que ruedan sobre un círculo de tiza. Ironía, humor negro y desfachatez lingüística arman este rompecabezas narrativo

Desde Huanta, Ayacucho, Porfirio Meneses (1916), narrador de la Generación del 50, se inauguró con “Cholerías” en 1946 y en 1954 produjo “El hombre oscuro y otros cuentos”. En 1965 ganó el Premio Nacional de Narración con “Sólo un camino tiene el río”, libro que publicaría diez años después, en 1975. Se le considera un escritor expresionista y regionalista. En buena hora.

También ayacuchano, Julián Pérez ha publicado los libros de narrativa corta “Transeúntes” y “Tikanka”, desde donde ya dejaba vislumbrar su pericia literaria demostrada en sus posteriores novelas. Realista no deja de asombrarnos por la ternura impresa a lo duro de sus relatos.

Puneño de corazón y abanquino de nacimiento (1944), basta su “Amarillito amari lleando” para dejar una impronta en la narrativa peruana del siglo veinte. Es un excelente experimentador de las técnicas modernas que va aplicando a cada uno de sus relatos, sin dejar de trabajar un bullente lenguaje sincrético surgido en el mestizaje andino.

Un escritor de la misma generación de Porfirio Meneses, el chancayano Jorge Ortiz Dueñas (1917-1987) recién en 1993 reunió un conjunto de cuentos bajo el título de “La luz prometida”; valiéndose de un estilo posmodernista ubica sus argumentos en Chancay, Huacho y Huaral, parte del llamado Norte Chico, en referencia a Lima Metropolitana. Encontramos en estos cuentos no solo el alma

del habitante costeño vecino a Lima, si que nos da el habla simple y singular del hombre de la campiña costeña. Pluma tierna que conmueve al lector la de Ortiz Dueñas.

Dos años antes, el huancavelicano Antonio Muñoz Monge (de Pampas, Tayacaja), dentro del mismo tono de ternura y adoptando para sus escritos el rico castellano arcaico de los pequeños pueblos andinos, aún usado en sus tertulias por los mestizos blancos que los habitan, publica “Abrigo esta esperanza” (1991), al que sigue “El patio de la otra casa (1992), “Nos estamos quedando solos” (1998) y “La casa de Mercedes” (1999). Libros de muy buena factura literaria que lastimosamente no han sido valorizados en su verdadera dimensión.

Tulio Carrasco, huancavelicano también, integrante de la Generación del 50, reeditó “La escalera”, libro de cuentos con el cual destacara al iniciarse la segunda mitad del siglo XX. De estilo punzante no exento de humor, es un escritor de quien se sigue esperando amplíe su escueta obra para deleite de sus amigos.

A Carlos Thorne le bastó su libro de cuentos intitulado “Mañana Mao”, para abrirse paso entre los más destacados narradores peruanos reconocidos en el extranjero, aunque dígame de paso que fueron sus novelas posteriores las que le abrieron ese merecido camino.

Dueño de un lenguaje andino, tal Mario Florián en la poesía, Félix Huamán Cabrera es un fuerte baluarte de los seguidores del indigenismo, pero con sus propias alternativas. Su narrar transcurre como el discurrir de los ríos en el ande peruano, a veces un susurro que nos canta al oído capaz de tornarse en un bronco sonido atronador que va arrasando con todo a su paso. Tiene en su haber varios volúmenes de cuentos, empezando por “Agomayo, río de arena” en 1970, el cual reeditara corregido y aumentado en 1981. En 1972 publica dos cuentos largos con el título de “Los carhuinos”. “El toro que se perdió en la lluvia” data de 1983, “Pájaro sin alas” del 86 y “Silbido en

el maizal” de 1989. Sus paisajes son la serranía de Canta, donde nació, y el valle del Mantaro, donde residiera durante muchos años.

Desde el mismo valle del Mantaro Carlos Villanes Cairo, nacido en Yauli, La Oroya, residente en España, en la actualidad, en 1973 nos brindó su libro titulado “La flagelación de Toribio Cangalalla”, cuentos escritos con mucha madurez que hacían predecir obras posteriores que no sabemos si llegaron a concretarse, aunque sí conocemos de algunas publicaciones suyas hechas en España, mas no arribadas por estos lares.

César Vega Herrera, reconocido dramaturgo arequipeño, es un narrador que producía maravillosos cuentos para niños como “El genio de la quebrada” (1985), “El soldadito de molle” (1987) y “La riqueza del cerro Tullu” (1989). En su Arequipa natal editó “Muerte de un ángel” en 1968, libro compuesto por seis cuentos de corte realista.

En el cálido valle de Huánuco se dio la producción de tres cuentistas de primer nivel: Samuel Cardich, autor de “Malos tiempos”(1986) y “Tres historias de amor”, un grupo de hermosos relatos escritos con suma maestría no exenta de pasión. Viene luego Andrés Cloud, merecedor de múltiples premios por sus cuentos, quien en 1986 nos entregó “Usted comadre debe acordarse”, siete relatos vinculados por un tono nostálgico y por la profunda tristeza que embarga a sus personajes. El tercero es Mario Malpartida, limeño afincado en Huánuco, quien se dio a conocer con “Pecos Bill y otros recuerdos” (1986), entregando luego “Un bolero más y otras canciones del recuerdo” (1988) y finalmente “Cerro y soledades” (1990); sus cuentos son de esquina, de callejón limeño, del barrio donde la música romántica popular deja su impronta en cada generación, aunque su prosa no se exima de una sutil nota de humor en medio de una mal disimulada sensibilidad social.

Retornando a Huancavelica, otra vez por Tayacaja, encontramos a Zein Zorrilla y su

“¡Oh generación!, la que nos hace penetrar en una atmósfera narrativa densa, casi de arcano, donde va rompiendo la bruma que envuelve a sus oscuros personajes para darnos de ellos un perfil rodeado de misterio inescrutable.

“La piedra bruja” de Danilo Sánchez Lihon nos cayó en 1996 desde el Santiago de Chuco vallejiano. Relatos estos de la infancia santia-gochucana del autor donde la palabra del poeta acompaña a la historia narrada. Antes nos había deleitado con sus “Mil y una hogueras”, relatos recontados de narraciones orales reco-gidas de la zona del río Ucayali, trabajados con laboriosidad y buen gusto.

Con la misma laboriosidad Luis Urteaga Cabrera depura su lenguaje, cincelando cada frase de los deslumbrantes cuentos de “Una llama en el viento” (1996). Antes, en 1991, publicó “El universo sagrado”, y en 1995 “Fábulas de la tortuga, el otorongo negro y otros animales de la Amazonía”, donde también se luce su fino estilo narrativo.

Esto nos sirve para no olvidar al amazónico Jorge Acuña Paredes, quien en 1976 recopila en “Cuentos de la calle” los relatos que venía editando en un viejo mimeógrafo para venderlos en la Plaza San Martín o el Parque Universitario de Lima mientras ofrecía funciones de pantomima al aire libre. Contador de historias nato, traslada la oralidad a sus escritos, dándoles un certero toque de irónico humor contra los poderosos y los mandones de siempre. También aborda los temas de su Amazonía con poderosa imaginación.

Arnaldo Panaífo Texeira, iquiteño como Acuña, es un prolífico productor de cuentos ambientados en su tierra, y su narrativa está poblada por el habla regional selvática. Su primer libro fue “Cuentos y algo más” (1981), seguido por “El pescador de sueños” (1982). Luego fueron apareciendo una docena más de títulos.

El sanmartinense Juan Rodríguez Pérez nos dejó escuchar su “Sinfonía de ilusiones”

(1995), breves cuentos de atmósfera, donde la lluvia y la fronda, el río y el canto isócrono e interminable de grillos, sapos y otros especímenes de la rica fauna selvática parecen secar el alma de aquellos habitantes que se niegan a dejar sus pagos. Este tenso narrar se acentúa en “Nunca me han gustado los lunes” (1998).

Para entrar al departamento de Ancash hay que hacerlo por el puerto de Chimbote con Julio Ortega, quien en 1966 editó “Las islas Blancas”, con una segunda edición revisada en 1994; se trata de logrados relatos sobre la época del boom pesquero enfocados como crítica social pero con alto sentido humano, antes que político. Ortega obtuvo el premio Copé de cuento en 1981 y reside en EE.UU. como profesor de la Universidad Brown. En 1986 publicó dos novelas cortas, “Adiós Ayacucho” y “El oro de Moscú”.

El chimbotano Antonio Salinas, fallecido en Francia hace unos años, dejó “El bagre partido”, libro de cuentos de gran vitalidad donde ensaya diversos estilos de acuerdo con la temática que desarrolla en el relato, donde la tragedia social siempre está presente.

Impulsor literario cuando residía en Chimbote, Oscar Colchado publicó en 1981 “Del mar a la ciudad”, cuentos puramente chimbotanos trabajados con diversas técnicas. Ganador luego de importantes concursos nacionales de narrativa, es con “Cordillera negra” (1985) que se revela como un alto exponente de los relatos mítico reales enfocados desde un pensamiento y un lenguaje netamente andinos, donde lo mitológico se entrelaza con la realidad cotidiana de esos elevados parajes.

También tenemos tratando ese mundo, pero con otro enfoque, a Edgardo Rivera Martínez, quien publicara “El unicornio” (1964), “Azurita” (1978) y “Enunciación” (1979), dándose a conocer más ampliamente al ganar el concurso de cuentos de las Mil Palabras 1982, convocado anualmente por la revista Caretas, con “El ángel de Ocongate”. Una encuesta de

la revista Debate lo consideró el mejor narrador de la última década por su novela “El país de Jauja”.

“El que pestaña muere” es el sugerente título del libro que en 1981 imprimiera Carlos Calderón Fajardo mostrando de arranque una madurez narrativa envidiable. En 1988 entrega “El hombre que mira el mar”, ensayando en esta oportunidad una mezcla de literatura realista y fantástica, lo cual da una especial originalidad a sus cortos relatos.

Siu Kam Wen tiene dos libros de cuentos publicados, pero solo hemos podido acceder a “La primera espada del imperio”, donde dentro de esa corriente de todas las sangres prevaleciente en el Perú, vemos a la fusión peruana surgir de su fina pluma.

Empezó con los angustiados relatos titulados “Horas contadas” en 1988 y en 1994, luego de radicar varios años en España, Jorge Valenzuela nos entregó “La soledad de los magos”, donde enfoca con cuidada técnica narrativa la época que le tocara vivir a la juventud finisecular del XX.

Oscar Araujo lanzó recién en 1998, con el sello de la Editorial San Marcos, “La noche de los murciélagos”, donde con trazos agobiantes y respiración casi asmática relata las aventuras de los fantasmas de la cotidianeidad. “Y si después de tantas palabras” se llama el inubicable librito que publicara en 1989.

Algo similar nos ha sucedido con Gonzalo Mariátegui, de quien poseemos “La escalera de caracol”, publicación de Walter Noceda Editores de 1998. Cultiva la prosa fantástica con solvencia, pero no hemos podido ubicar su primer volumen de cuentos, “La cuerda floja” (1996).

En 1989 Javier Arévalo surge con “Una trampa para el comandante”, cinematográficos relatos que semejan fotografías tomadas a la realidad cotidiana reveladas con ácido hu-

mor. Ocho de estos relatos en conjunción con cuatro nuevos cuentos y un ensayo conforman “Previo silencio” (1997). El autor utiliza el lenguaje popular y periodístico para meternos con ironía dentro de un realismo sucio. Es considerada una de las mejores voces de la narrativa joven nacional.

Carlos Orellana produjo “No todos los días se cazan elefantes” en 1994, cuentos frescos, sencillos, divertidos y al mismo tiempo de profunda agudeza. Su estilo trasluce la influencia del cine.

Galardonado con premios varios, Reynaldo San Cruz apareció en 1990 con “La muerte de Dios y otras muertes”, y en 1998 imprimió “El evangelio según Santa Cruz”, con estilo desenfadado y desafiador, pero sumamente cuidadoso.

Dentro del realismo sucio destacan los cuentos de Sergio Galarza, que a los veinte años irrumpió con su “Matacabros” (1996), al que no deja de darle un aliento de poesía en medio de un ambiente que describe la cultura de la violencia imperante entre los grupos barriales.

Rafael de las Casas es otro joven que con el aval de un colofón de Luis Jaime Cisneros sacó sus “Escritos barrocos” en 1997, haciendo gala de que el experimentalismo no debe divorciarse de la pulcritud, la concisión y la claridad.

En 1998 la Editorial San Marcos publica “Agüita ‘e coco”, un conjunto de relatos testimoniales escritos por el poeta Juan Cristóbal, mediante los cuales se revela un cáustico cuentista experimentador de la palabra a partir de una oralidad recogida tras largas conversaciones. En el cuento peruano, que sepamos, es el primero en experimentar este tipo de trabajo, del cual el autor sale más que airoso. Aunque Gabriel Rimachi haya escogido convertirse en “El cazador de dinosaurios” corriendo trastrabillante tras los pasos de Mario Vargas Llosa

No podía faltar en este recuento un narrador horazeriano como Miguel Burga, quien nos dejara con la miel en los labios después de su “Balance de traiciones” (1983). Fallas en la edición, ajenas al autor, no permitieron su libre circulación, convirtiéndose en un libro para ser leído por sus amigos. Una nueva edición, corregida y aumentada, está ya anunciada. Vale la pena por el trato experimental y novedoso de las narraciones de Burga, donde la calle prima como ambiente y lenguaje.

Como penúltimo espacio hablaremos de los “extranjeros” que publican en el Perú, como Patrick Rosas, residente parisino, paseándose orondo con “Un descapotable en invierno” repleto de cadáveres cuya muerte no es nada esplendorosa, sino más bien el resultado de lo tediosa cotidianeidad, del aburrimiento en que nos sumerge la inevitable rutina sin mayor defensa que el poder salir de ella, aunque sea por casualidad. Fernando Iwasaki desde España nos ahorca en “Tres noches de corbata” y prosigue levantando cadalsos a través de su elegante prosa Alfredo Pita, desde las orillas del Sena nos contó que “De pronto anochece” para decirnos como al César romano: “Mori-turi” (los que van a morir te saludan), donde a partir de asuntos de la vida cotidiana arriba lo extraordinario que nos entrega lo infinitamente imaginado.

Con la promesa de ampliar en algo esta secuencia última, mencionaré a cuentistas de la última hornada del siglo XX, como Carlos Rengifo, el que con “El puente de las libélulas” y “Criaturas de la sombra” demostró amplias dotes narrativas. Ampliamente galardonado en concursos varios, Sócrates Zuzunaga obtuvo el primer premio del Concurso Nacional de Cuentos Infantiles “Carlota Carvallo”, dedicándose desde entonces a contar para los niños con sumo acierto. “El goce de la locura” de Omar Benel es algo descollante en el cuento, para el cual parece haber nacido este joven autor. “Ricardo Ayllón desde chimbote nos entregó sus “Monólogos para Leonardo”

amenazando con irse a freír monos en una sartén de palo si no nos gustaban las que llama sus crónicas; ojalá no cumpla tal amenaza. Julio César Vega con sus “Cuatro gatos” intenta convencernos que tal vez la música, el color o la palabra son la única salvación; y su palabra lo salva para la literatura de corte existencialista. “Nadie sabe adonde ir” de Carlos Dávalos constituye un testimonio de parte de la juventud iconoclasta que vaga sin rumbo fijo por esa enorme metrópoli en que se ha convertido Lima... Por su parte “Jorge Luis Chamorro con su “Tendencia al Nirvana” pretende explicarnos el porqué la humanidad no se decide con la ayuda del viejo Sigmund y cierto estilo psicológico en su narrativa. Finalmente, “Los pedazos rotos del espejo interior” de Carlos Sotomayor Barrera parecen integrar una asunción seria del arte de contar cuentos, no solo por el último mencionado, que lo hace y bien, con oficio, sino de parte de los antes mencionados, a quienes habrá que augurar un paso exitoso hacia el siglo XXI, tan cibernético y digitalizado que hasta miedo da, pues.

Y casi caemos en el lapsus de un conocido y popular narrador hípico peruano, quien luego de transmitir el clásico del cuarto centenario de una importante ciudad sudamericana, se despidió emocionado diciendo: “Amigos míos, si Dios quiere, hasta el próximo centenario”. En último caso, solo se trataría de una amenaza incumplida.

Referencias

- Alegría, C. (s/f). *La ofrenda de piedra*. Lima: Universo.
- Adolph, J. (1972). *Invisible para las fieras*. Lima: INC.
- Arguedas, J. M. (s/f). *Agua*. Lima: Nuevo Mundo.
- Bravo, J. A. (1994). *Narradores peruanos de los sesentas*. Lima: Más Ideas.
- Buendía, F. (1987). *Cuentos de laboratorio*. Lima: Edición del autor.
- Cisneros, L. J. (1957). *Cuentistas modernos y contemporáneos*. Lima: Patronato del Libro Peruano.
- Congrains, E. (s/f). *Lima, hora cero*. Lima: Populibros Peruanos.
- Churata, G. (1987). *El pez de oro*. Puno: Promoción de Fomento, Promoción Social y Económica de Puno.
- Diez, J. (s/f). *Estampas mulatas*. Lima: Populibros Peruanos.
- Gálvez, J. (1967). *Una novela limeña*. Lima: UNMSM.
- González, R. (1989). *El cuento peruano 1980-1989*. Lima: COPÉ.
- González, R. (2001). *El cuento peruano 1990-2000*. Lima: COPÉ.
- Kishimoto, J. (s.f.). *Narrativa peruana de vanguardia*. Lima: Más Ideas.
- López, E. (1970). *Cuentos andinos*. Lima: Juan Mejía Baca.
- Muñoz, A. (1999). *La casa de Mercedes*. Lima: San Marcos.
- Ortiz, J. (1993). *La luz prometida*. R.A. Lima: Ediciones.
- Palma, C. (1974). *Cuentos malévolos*. Lima: PEISA.
- Pérez, H. (1980). *Los ilegítimos*. Lima: Ediciones Narración.
- Ribeyro, J. R. (1958). *Cuentos de circunstancias*. Lima: nuevos rumbos.
- Ribeyro, J. R. (1964). *Tres historias sublevantes*. Lima: Juan Mejía Baca.
- Ribeyro, J. R. (1989). *Silvio en el rosal*. Barcelona: TusQuets Editores.
- Romero, F. (1958). *Doce relatos de la selva*. Lima: Juan Mejía Baca.
- Taxa, E. (1967). *Lima en la narración peruana*. Lima: Continental.
- Vargas, E. (1978). *Ñahuín*. Lima: Milla Batres Editores.
- Zavala, V. (1981). *Color de ceniza*. Lima: Nueva Crónica.
- Zavaleta, C. E. (1975). *El fuego y la rutina*. Lima: PEISA.